



EL HIJO
DEL
BARBERO

Alejandra Mateos ~



El hijo del barbero

Alejandra Mateos

2012 Alejandra Mateos

ISBN-978-84-92497-93-5

Depósito legal: M-13077-2012

Diseño de cubierta: Lola Gómez Redondo.

Colaboran: Museo Numantino de la Junta de Castilla y León.

Alejandro Plaza Plaza (fotografía de portada).

Editorial en papel. Editorial Manuscritos.

www.editorialmanuscritos.com

¡Y la niña que yo quiero,
ay, preferirá casarse
con un mocito barbero!

En el tren. *Campos de Castilla*

Antonio Machado

- Esa mirada... yo he cruzado mis ojos con esos ojos en algún sitio. Pero, ¿dónde? ¿y por qué lo recuerdo? El caso es que conozco al hombre, es el profesor de francés. Pero no es él, es esa mirada.

- Eh chico, ¿traes algo para mí?

Manuel dio un respingo. Tratando de recordar, se había olvidado de qué hacía allí y también de lo incómodo que siempre se sentía en lugares como aquel.

- Sí, señor Palacio, aquí tiene.

Con cierta torpeza le entregó un pequeño sobre que su interlocutor miró con suspicacia.

- ¿Es de Schulten?

- Del señor Saavedra, señor. Es referente al alemán y a sus investigaciones.

- Está bien, muchas gracias.

- De nada, señor.

Observó cómo José María Palacio volvía a la compañía del profesor de francés, quien intercambió unas palabras con el periodista cuando éste le mostró el contenido del sobre. Ambos le miraron por un instante y regresó la desagradable sensación de saber que algo muy importante se le escapaba. Pero era inútil, su cerebro no hallaba el camino para llegar al ansiado recuerdo. Se resignó a abandonar la búsqueda mental y cruzó el salón a toda prisa.

El alivio al salir a los porches de El Collado fue enorme. Odiaba entrar en el Casino. Ese espacio no era para él, siempre lleno de personas que le intimidaban con sus aires de grandes señores que, hundidos en los enormes sillones,

fumaban y hablaban sobre temas que él no conocía. El salón de techos altos, suelo de mármol, grandes cristaleras y macizos muebles de madera le era un mundo totalmente ajeno, un espejismo en un desierto donde lo único que importaba era trabajar para salir adelante.

Y ahora él tenía un empleo. Por primera vez en su vida, ganaba su propio dinero. Cierto es que se trataba de chico de los recados, pero ¿a qué más podía aspirar con dieciséis años, casi diecisiete? Aunque lo mejor es que sentía que formaba parte de algo importante. Si no lo fuese, una persona como el señor Schulten no se habría molestado en viajar desde Alemania hasta una ciudad tan insignificante como Soria. Así que ser el chico de los recados de aquel alemán, por muy extraño que a él le pareciese su carácter, era algo realmente bueno. También estaba el sueldo, cuatro reales y medio el día de trabajo. Así podría ahorrar para el futuro. Porque tenía claro qué futuro deseaba construir y, sobre todo, al lado de quién.

Se estremeció en su chaqueta. Aunque ya estaban en verano, los atardeceres eran frescos. Oyó las ocho campanadas del reloj de la Audiencia y apretó el paso. Su padre estaría a punto de cerrar y aún tenía que echarle una mano para recoger en la barbería. Bajó por la calle Zapatería en lugar de por la plaza Mayor para evitar encontrarse con algún conocido que le entretuviese, y en la plaza Fuente Cobrejas torció hacia la calle Mayor. Abrió la puerta y un alegre repiqueteo de campanillas le recibió. Ya no quedaban clientes. Sólo vio a su hermana, que barría el suelo.

- Hola Irene, ¿y padre?

- Atrás, buscando jabón de afeitar.

- ¿Qué tal ha ido el día?

- Como de costumbre –le pasó el escobón-. ¿Por qué no acabas tú? Voy a preparar la cena.

- Vale. Cocina algo rico.

Ella le sacó la lengua con una divertida mueca.

- Siempre lo hago –y desapareció tras la puerta-.

Manuel terminó con el suelo y se entretuvo ojeando periódicos atrasados hasta que la voz de su padre le sobresaltó.

- ¿Es que no tienes nada que hacer, muchacho?

- Sólo estaba echando un vistazo, a ver qué tal van las cosas.

- Las cosas van, y punto. Bien para unos, mal para otros. A nosotros nos da igual. Lo mejor que puede hacer uno es no meterse en política –apiló la prensa en un pulcro montón-. Ya sabes que los compro para tener entretenida a la clientela. Pero nunca opino. Ver, oír y callar, es lo más sensato.

- Ya lo sé, padre –echó un vistazo a la portada de uno de los periódicos antes de dejarlos sobre la banqueta-. ¿Cómo fue la visita de la infanta Isabel?

- Pues ya te imaginarás. Mucho follón. Al menos se notó en el negocio. Los hombres querían estar presentables. Ha venido gente importante.

- ¿Usted la vio?

- Bastante tenía con encargarme de la barbería. ¿Y tú? ¿Cómo va el trabajo?

- He estado excavando casi toda la semana. El sol ya empieza a apretar y se hace duro, pero he oído que el señor Schulten está contento porque se han descubierto cosas muy interesantes.

Eso está bien. Hay que ganarse el pan. Ya no eres un chiquillo y un hombre debe trabajar.

Irene se asomó por la puerta y les llamó a cenar. Manuel acudió inmediatamente. En los últimos tiempos le disgustaba quedarse a solas con su padre. Desde que muriese su madre, en noviembre haría dos años, cada vez era más serio y estricto. Durante ese verano él apenas estaba en casa. Pasaba la semana en el pueblo de Renieblas y sólo descansaba los domingos, que aprovechaba para visitar a su familia, pero su ausencia parecía no importarle. Lo único que le preocupaba era que trabajase. Nunca se interesaba por lo que hacía en Numancia. Y con un empleo así, siempre había mil cosas que contar.

En el fondo, sabía que se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo para no recordar a su esposa, y pensaba que si sus hijos también lo hacían podrían conjurar de alguna forma el dolor. Pero no era así. Manuel echaba de menos la ternura que ella ponía en el hogar, esa forma cariñosa pero recta de tratarles. Ahora era su hermana quien rellenaba como podía los huecos que dejaba la completa incapacidad de su padre para demostrar su afecto.

*

Bajo el plumizo sol de agosto, empujando la carretilla colmada de tierra por el terreno irregular, ni su amplio sombrero ni los constantes tragos del botijo conseguían aliviarse. No recordaba un día tan caluroso en años, temperaturas tan intensas no eran habituales en los veranos sorianos. Y la casualidad había hecho que justamente esa mañana tuviese que trabajar en las excavaciones en lugar de hacer algún encargo para el alemán lejos de aquel sol abrasador.

Aún con todo, Manuel trabaja con denuedo. Tenía la ilusión de encontrar entre los terrones quebradizos una pieza,

un objeto pequeño y bello que pudiese guardar con disimulo en el bolsillo de sus pantalones. Soñaba con algo muy concreto, una fíbula en forma de caballo como la que vio en la enorme sala del Palacio de la Diputación, donde se guardaban para su futura exposición los restos que iban apareciendo. Era preciosa. Y perfecta. Un caballito de bronce que cabía en la palma de la mano. Hubiese sido un regalo tan bonito para ella...

Pero como él no trabaja en la misma Numancia, sino en los campamentos romanos de Renieblas, no había posibilidad de encontrar algo parecido. Decían las malas lenguas que Adolf Schulten se vio obligado a abandonar las excavaciones en la ciudad celtibera porque había tenido la desfachatez de enviar numerosos cajones con hallazgos arqueológicos a Maguncia, cuando había prometido a Eduardo Saavedra que nada de lo encontrado abandonaría el país.

De todas formas, él no era quién para juzgar a nadie. Adolf Schulten había prometido que devolvería las piezas, asegurando que sólo las había enviado a Alemania para investigarlas, y si Saavedra le había creído el tema estaba zanjado. Le estaba tan agradecido a su mentor que jamás pondría en tela de juicio sus decisiones.

A Manuel aquel alemán le resultaba extraño. No le gustó cuando don Eduardo se lo presentó. Más que algo objetivo, fue una impresión. Era un hombre impecable en el vestir, de pelo encrespado, ojos pequeños y desconfiados, nariz recta y labios muy finos sobre los que lucía un cuidado bigote. Por sus gestos y su manera de hablar, atisbó en su nuevo jefe una curiosidad que le llevaría a cuestionarlo todo, pero al mismo tiempo también mucha seguridad en sí mismo. Enseguida comprendió por sus ademanes que era un hombre firme y un tanto inflexible.

Desde aquel encuentro, del que apenas habían pasado dos meses, veía al señor Schulten con frecuencia. Estaba orgulloso de haberse ganado su confianza. Cumplía sus en-

cargos con rapidez y eficacia, jamás cuestionaba una orden y siempre era respetuoso y educado. Eso le gustaba al alemán, que solía quejarse del carácter de los trabajadores de la zona, tan cerrado que le parecía totalmente imposible no sólo entenderse con ellos, sino simplemente llegar a comunicarse. Muchas veces Manuel miraba con disgusto la forma en la que trataba a los empleados, no tanto por lo que hacía o decía, sino por su manera de ignorarlos, como si no existiesen y fuesen autómatas los que removían la tierra para arrancarle sus secretos. Pero, por supuesto, nunca se hubiese atrevido a hacérselo notar.

Un ruido metálico le indicó que había dado con algo. Por cómo sonaba cuando volvió a clavar la pala en la tierra, parecía una pieza sólida de hierro. Probablemente sería otra herramienta de trabajo, aunque mantuvo la esperanza. Con cuidado fue retirando la arena de los lados y con la mano desenterró el objeto. Apareció la cabeza de un martillo y del mango, ni rastro. Lógico, la madera era incapaz de soportar el paso de dos mil años de historia. Maldijo su mala suerte. Se conformaría con una moneda o un adorno para el cinturón. Incluso con una flecha. De ninguna manera podría aparecer delante de ella con un martillo oxidado o una espada corroída por el tiempo. Quería deslumbrar a Leonor.

Recordaba claramente la última vez que la vio. Se encontraron por casualidad en la plaza de Herradores, donde las mujeres vendían los productos de la huerta. Llevaba una pesada cesta cargada de patatas y él se ofreció a ayudarla. Durante el trayecto le estuvo contando cosas acerca de su nuevo empleo. Aún podía ver la forma en la que ella abría desmesuradamente sus preciosos ojos negros y fruncía su boquita al escucharle, absorta en las historias de la ciudad legendaria cuyos restos dormían bajo capas y capas de rojiza tierra en el cerro de Garray.

Era muy joven todavía, pero había dejado atrás a la niña que él conoció en Gómara y empezaba a despuntar en ella una mujer que sería espléndida. Manuel no tenía dudas en cuanto a sus sentimientos, aunque al principio sus escasos trece años de edad le hubiesen hecho replantearse las cosas. Aún tendría que esperar para hacerla su esposa, pero no le importaba en absoluto.

Pasar la vida a su lado, compartiendo su alegría desbordante, esa enorme curiosidad por todo lo que la rodeaba, su inteligencia tan despierta, su belleza, su gran corazón... Vaya que si esperaría, lo haría gustoso. De todas formas, él también era muy joven. Casi diecisiete años. Si las cosas seguían marchando tan bien, dentro de tres, a lo sumo cuatro años, habría ido ascendiendo escalones y tendría un buen empleo.

Llegaría a su hogar, ella le estaría esperando y comerían los dos solos, tranquilos, mientras él le contaba más cosas sobre su quehacer diario: cómo iban las excavaciones, qué salas del futuro museo estaban ya terminadas, qué había descubierto sobre el valeroso sacrificio de los numantinos, que prefirieron morir antes que rendirse a los romanos, o de qué manera los indómitos celtíberos habían humillado a sus contrincantes. Y después vendrían los hijos.

Soñaba. Otra vez. A veces su imaginación le jugaba malas pasadas. Pensar en todo eso era adelantarse demasiado. Lo importante ahora era trabajar, ahorrar para formar un hogar y, algo que le aterraba pero que antes o después tendría que llegar, pedir permiso a la familia de Leonor para cortejarla.

Volvió a la realidad y examinó con atención la zona. Pronto aparecieron dos grandes clavos oxidados y eslabones sueltos de una cadena. Más herramientas. Nada importante. Estaba seguro de que ese día no podría encontrar algo verdaderamente interesante para reglarle a Leonor. Ni ese día ni quizás en toda la campaña. Un campamento ro-

mano era, a su juicio, bastante más aburrido que la antigua ciudad, en la que ahora mismo estarían trabajando los empleados contratados por la Comisión Española de Excavaciones en Numancia. Ojalá él hubiese tenido la suerte de ir allí, pero el señor Saavedra había considerado que su sitio estaba en Renieblas porque se entendería bien con el profesor alemán. Una vez más su mentor estaba en lo cierto, aunque eso le privase de la posibilidad de conocer de cerca la cultura celtíbera.

Recogió todo y buscó con la mirada al encargado de los trabajos. Se lo entregaría en mano, en lugar de dejarlo junto a las otras piezas halladas durante la jornada, así charlaría unos minutos con él y podría zafarse de ese calor infernal. Para algo eran amigos.

- ¿Cómo está yendo el trabajo hoy, Santiago?

- Bien... más o menos como siempre. El jefe está contento, que es lo que importa. Le he oído hablar otra vez de Polibio. Creo que le hace demasiado caso a un romano que está criando malvas desde hace siglos.

- Él sabrá.

- Eso dicen todos, pero trabajo a su cargo desde que hace tres años llegase a estas tierras y me parece una locura habernos trasladado a los campamentos sin terminar la calle longitudinal de Numancia. Apenas excavamos y no te puedes imaginar la cantidad de cosas que encontramos, casi todo de época romana. Cosas muy bonitas e importantes. Que digo yo, ahondando en la tierra, más restos celtíberos habrían aparecido, e incluso una ciudad prehistórica más abajo. Yo no me creo esas teorías de que la ciudad celtíbera estará al lado de la romana.

- De eso tú sabes más, yo apenas llevo un par de meses trabajando aquí.

- Pero contigo se puede hablar de estas cosas, se nota que eres espabilado. Supongo que sabrás lo de los cajones que se llevó a Alemania.

- Algo he oído.

- Y tampoco ayudó nada que echase del yacimiento al periodista Gómez Rioja.

- También me comentaron algo, pero yo en estas cosas prefiero no meterme.

- Chico sensato. Al alemán no le gustan las críticas. Aquí lo mejor es quedarse calladito. Es como mejor se vive. Pero en confianza, si no la hubiese pifiado, seguiríamos en Numancia y no desenterrando trozos de muros romanos.

- Te traigo unas piezas.

- ¿Lo ves? Es a lo que me refiero, herramientas y poco más. Échalas en uno de los cajones. Pronto estarán llenos y te los podrás llevar para Soria. Este calor no hay quien lo aguante.

Manuel vio acercarse a algunas mujeres con sus niños detrás de las faldas. Desde que comenzó a trabajar en Renieblas, la gente le parecía más triste, más pobre y más sucia. Llegaban cada mediodía, con sus sayas negras y sus delantales descoloridos, con los niños descalzos siguiéndolas, apretando bien el paquete de comida que traían a sus maridos. Las veía cansadas y viejas, aunque muchas de ellas no tuviesen más de treinta años.

Él había vivido en un pueblo toda su vida y esas estampas le eran familiares. Mujeres y hombres flacos, enfermos, que trabajaban de sol a sol en el campo para acabar sus días en la pura miseria, embrutecidos por el clima y la aspereza de la tierra. Gentes que desconfiaban de los forasteros y los echaban sin miramientos si no traían una moneda con la que comprar lo poco que podían ofrecerles para comer.

Alcaldes, caciques y curas que se creían grandes señores de lo que no eran más que pueblos cochambrosos y empobrecidos.

Ellos, en cambio, tenían suerte. Las pocas tierras que había heredado su padre les permitieron mantener un humilde pero próspero negocio en Gómara, una tienda donde todo se vendía y compraba y, si no lo había, se encargaba. Su padre igual era tendero que barbero o sacamuelas. Su madre aliviaba las enfermedades con remedios legados por su abuela o bien cumplía las funciones de matrona, presumiendo de haber asistido con éxito todos los partos. En Gómara habían sido felices. Hasta que murió ella.

A él mismo le extrañaba tener esa visión tan pesimista de las cosas. Estaba acostumbrado a los espectáculos de pobreza y tristeza que desfilaban por los campos sorianos, pero allí en Renieblas eso parecía afectarle más. Pensó que sería el contraste entre la ciudad y el campo. Año y medio en Soria le habían hecho cambiar la percepción de las cosas. Y eso que la pequeña ciudad no era gran cosa. La plaza Mayor y tres calles bien asfaltadas para subir desde el río a la Dehesa. Poco más había. Lo demás, como decía un amigo suyo entre risas, eran calles para mear. Y aún así, parecía mucho comparado con los pueblos.

- Ya llegan las mujeres. Voy a mandar parar. Malamente se puede trabajar con este sol del diablo. Vaya día –le oyó decir a Santiago–.

Terminada la jornada, Manuel cayó rendido en el camastro donde dormía mientras trabajaba en los campamentos romanos. Schulten había conseguido que le arrendasen por muy pocas monedas un caserón viejo y abandonado de una sola planta pero con fuertes paredes de piedra, donde instalaron a los mozos que no eran de las localidades de alrededor. Compartía habitación con seis hombres huraños y taciturnos. La primera semana ya había renunciado a mantener una conversación con ellos al acabar el día, como so-